



El extraño caso de un niño normal y corriente

Susana Rico

Ilustraciones de Nico Naranjo



algar

Antes de nada, has de saber que todos los hechos que se exponen a continuación son verídicos. *Verídico* significa que ha ocurrido de verdad. Puede que el caso de Mateo no te suene. Es normal. Los interesados siempre han hecho lo imposible por mantenerlo en secreto y he de confesar que, aunque parezca increíble, tampoco es un caso aislado; como él hay muchos, pero lo más seguro es que nunca se sepa.

Yo me enteré por casualidad y, si finalmente he decidido hacerlo público, a pesar de que mi vida a partir de ahora corra peligro, es porque pienso que el mundo debe conocer la verdad. Tú, principalmente tú, has de saber lo que ocurrió. A continuación, diré que, si hubieses visto a Mateo, habrías pensado que era un chico normal y corriente. Un muchacho alegre y simpático a quien le gustaba ver vídeos de YouTube y jugar a la consola. O sea, tan parecido a ti que puede

que tuviese tu mismo color de pelo y tu misma talla de vaqueros, y puede que, como tú, también odiara el apio y la zanahoria cocida. Además, me atrevería a añadir que le daba pánico ir al dentista y que también sus padres lo regañaban muy de vez en cuando por desobediente. Teniendo esto en cuenta, ¿quién pensaría que no era un chico de lo más normal? Yo no, desde luego, y estoy seguro de que no se habría descubierto su rareza de no ser por aquella revisión médica que le hicieron.

—Escoliosis —sentenció el pediatra al pasar la mano por la huesuda espalda del niño, que se había encorvado hasta tocarse las puntas de los pies con los dedos de las manos.

—¿Qué? —preguntó, mordiéndose las uñas, Juan Castro, el padre de Mateo.

Mientras el niño se vestía, el doctor se lo explicó con ayuda de un póster que colgaba de la pared.

—La columna se le desvía ligeramente hacia la derecha, porque tiene esa pierna un poco más corta que la izquierda. A raíz de eso, una de las vértebras se ha girado un poco.

—¡Jesús bendito! —exclamó Juan, claramente afectado. Sus ojos, de un azul casi cristalino, se abrieron de par en par sobre el cuerpo semidesnudo de su hijo.

—No se alarme, señor. Esto es más común de lo que usted cree y no es nada grave.



A continuación, le detalló los pasos que debía seguir el chico para que su trastorno no fuera a peor:

- Ir al podólogo para que le hiciera una plantilla e igualar así la longitud de las dos piernas.
- Practicar la natación terapéutica.
- Hacerse una radiografía.

Y, precisamente para esto último, Mateo y el señor Castro se personaron al día siguiente de nuevo en el hospital. La sala en la que aterrizaron estaba medio llena y, antes de tomar asiento, Mateo paseó por ella sus ojos, vivarachos y más negros que las moras maduras. No se había sentado todavía junto a su padre cuando extendió la mano hacia él para pedirle el móvil. Juan, que ya había visto cómo su hijo lo superaba en altura, no se hizo de rogar y el niño, tras teclear la clave de seguridad, abrió YouTube y centró toda su atención en los vídeos que iban surgiendo.

No llevaban mucho tiempo aguardando el turno cuando una enfermera dijo a voces:

—Mateo Castro Pérez.

De inmediato, padre e hijo se levantaron de sus asientos. Juan, rapado casi al uno para disimular las abruptas entradas y la incipiente calvicie que se le estaba formando en la coronilla, se puso en pie y le entregó a la enfermera el volante que le había dado el pediatra el día anterior. Bajo la luz de los focos, que titilaba sobre sus mechones dorados, la joven echó

un vistazo al documento. Cuando hubo terminado el repaso, le indicó al hombre que volviera a sentarse, y, con una mano sobre el hombro del muchacho, lo condujo hasta una sala de rayos en cuya puerta ponía: «Peligro: Rayos X» y un 2 debajo, además de una señal que prohibía la entrada a embarazadas.

Una vez dentro de la sala, la enfermera se presentó:

—Me llamo Laura.

Mateo asintió sin decir una palabra y Laura sonrió con dulzura.

—¿Estás nervioso?

—Un poco —confesó el niño con la cabeza gacha y frotándose las manos. No recordaba que le hubiesen hecho nunca una radiografía y no tenía ni idea de en qué consistía. ¿Dolería?

—No te preocupes, que no duele —dijo la enfermera como leyéndole el pensamiento. Y, en el mismo tono cordial, le pidió que se quedara en ropa interior—. En un minutito habremos acabado, ya lo verás.



Mateo se desvistió en un pequeño cuarto que le recordó a los probadores de las tiendas de ropa. Colgó el jersey y los pantalones en una percha que sobresalía de la pared y volvió a la sala en la que lo esperaba Laura, quien lo colocó de espaldas contra una placa lisa y suave que estaba congelada. Mateo dio un res-pingo al sentir el frío.

A la enfermera se le escapó una sonrisa al tiempo que unas finas líneas que brotaron de las comisuras de sus ojos corrieron a perderse por entre su espesa mata de pelo.

—Será solo un segundo. No te muevas —le ordenó, y, a continuación, se refugió en una pequeña habitación desde donde añadió—: Aguanta la respiración. Uno, dos, tres. Ya puedes respirar.

Mateo soltó el aire y luego volvió a inhalar y exhalar con normalidad. La enfermera regresó a su lado y lo situó, esta vez de perfil, contra la placa. Risueña, le levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Ya casi hemos terminado. —Volvio a desaparecer y añadió—: Recto. Barbilla alta. No respire. Uno, dos, tres.

Un segundo después le indicó que ya podía vestirse y que esperara fuera.

Sentado a la vera de su padre, Mateo ni siquiera había tenido tiempo de pedirle el móvil cuando Laura lo llamó otra vez. Mientras realizaba de nuevo todo el ritual, el niño se dio cuenta de la seriedad que había

adquirido la voz de la enfermera de pronto y de que sus ojos, antes tan sonrientes, se veían ahora cubiertos por una sombra de preocupación. Al terminar la prueba por segunda vez, Laura le indicó que regresara a la sala de espera.

—¿Qué te han dicho? —le preguntó su padre cuando se situó a su lado.



—Que tenemos que esperar —respondió Mateo entre suspiros.

—¿Otra vez?

El niño se encogió de hombros y luego se sopló el oscuro flequillo, que le caía sobre los ojos. A continuación, centró toda la atención en la pantalla del teléfono de su padre.

Apenas un minuto después, la enfermera apareció de nuevo en la sala. Se quedó mirando al niño con la

frente llena de arrugas, y luego desvió la vista hacia delante.

—Atanasio Buenaventura —voceó.

Un anciano que tenía la pierna escayolada de arriba abajo levantó la mano, y un joven a su espalda empezó a empujar su silla de ruedas hacia la sala de rayos. Unos minutos más tarde, el hombre regresó junto al resto de los pacientes y poco después Laura le comunicó que podía marcharse. Más tarde, volvió a la sala de espera. Sujetaba de manera nerviosa un sobre grande y marrón, y se quedó mirando a Mateo con el ceño fruncido. Al final se dirigió a padre e hijo y, con un tono de inquietud, les dijo entre murmullos:

—Esperen aquí un momentito, por favor.

Y, sin añadir nada más, se perdió entre el gentío del corredor.